Vivir en sociedad¹

Ermenegildo Conti²

A menudo el análisis de las relaciones se reduce al campo de las relaciones interpersonales directas o inmediatas (llamadas «primarias»). En realidad el ámbito es más amplio: integra también las relaciones con personas que nunca antes se han encontrado, de las cuales no se conoce el nombre, ni la historia, ni los gustos, pero con las cuales se está vinculado por el hecho de compartir el ámbito social, la vida en la ciudad o el ambiente cultural. Nos guía la convicción que la excesiva contraposición entre lo público y lo privado impide una auténtica comprensión de las relaciones que se viven en lo privado.

En este artículo indagaremos sobre el modo actual de vivir las relaciones. En un segundo momento describiremos el tipo de personalidad que dicho modo presupone e induce. Finalmente buscaremos brindar posibles indicaciones para cualificar las relaciones, indicaciones que sean capaces de hacer crecer las relaciones en sus aspectos más prometedores.

Más allá de la contraposición entre lo público y lo privado

Actualmente las relaciones aparecen claramente separadas entre lo público y lo privado, con un neto privilegio a favor de la esfera privada, identificada como el lugar preferido de la intimidad³. En efecto, las relaciones directas permiten compartir con personas de confianza los aspectos más elementales y simples de la vida, aquellos en los que se establece un encuentro más sincero consigo mismo. Sin embargo, no siempre el contacto llega a tocar la interioridad: a menudo se busca a la otra persona solamente para hacerla cómplice, sin que ello favorezca contactar lo profundo de la propia personalidad.

Sin embargo, existen datos que contrarrestan esto. En la actualidad, se constata una búsqueda de comunidad que asume formas muy variadas: desde la comunidad estable de pares o la unión de familia, a las formas ocasionales de unión, características de la diversión (ej. un baile) hasta los momentos casi «mágicos» de identificación que se crean durante eventos extraordinarios, más o menos irrepitibles (ej. la victoria del mundial de fútbol).

1 CONTI, Ermenegildo. «Vivere in società» en *Tredimensioni* 4(2007) 302-315. Traducción: Fátima Godíño. Mvdo. 2012.

2 Docente de Antropología Filosófica, Seminario Mayor, Milán (Italia).

3 Cfr. el primer análisis realizado al respecto en un libro que tiene más de 30 años: Sennett, R., *Il declino dell'uomo pubblico. La società intimista*. Bompiani, Milano 1982. La publicación original es de 1977.

Ante estos datos hay quien reafirma la hipótesis inicial que agranda la brecha entre lo público y lo privado. El nuevo fenómeno podría también tener una explicación coherente con el privilegio concedido a la vida privada, ya que a menudo se configura como una búsqueda de «comunidad de uniformidad»⁴: el grupo reúne solamente a quien es idéntico (no simplemente a quien es similar por un determinado aspecto, como siempre sucede en las relaciones electivas), con la consiguiente exclusión del conflicto y de toda posible discusión. Vivida así, la necesidad de comunidad no haría más que confirmar la diferencia entre lo público y lo privado, simplemente desplazando la separación entre la comunidad (ampliación de la intimidad de las relaciones directas) y todo lo otro.

El pasaje de la brecha entre lo público y lo privado a su contraposición es breve. Por una parte tenemos el ámbito privado: aquí nos concentramos en aquello que más interesa, en las relaciones inmediatas, directas, que involucran desde el punto de vida afectivo. Por otra parte se coloca la esfera de lo público, el lugar de la sociedad, allí donde la persona se muestra y está «bajo los reflectores», donde prevalecen las tareas burocráticas, las responsabilidades institucionales y las dinámicas impersonales. Así se concluye pacíficamente que lo privado es el lugar del sentimiento y lo público es el lugar del compromiso y del rol. Lo privado es el espacio de la espontaneidad y de la simplicidad, de la tranquilidad interior, y lo público es el ámbito del honor, pero sobre todo de la carga a menudo pesada y complicada, donde nunca se puede estar tranquilo porque no dejan de faltan inseguridades e insidias. Lo privado evoca las imágenes de lo cálido, de la casa y del nido; lo público la del frío, de la hostilidad, del anonimato, de la plaza. Evidentemente el todo se funda en una dicotomía, según la cual se coloca de un lado todo lo positivo que da seguridad y del otro lo negativo que provoca miedo.

Es evidente que de esta forma toda la preferencia va a lo privado. Es difícil que pueda ser de otra forma: la dimensión más personal y afectiva de la vida (aún si también es solitaria e individualista) se lleva la mejor parte, al punto de excluir y suscitar desinterés por todo lo que no entra en la gratificación, posiblemente inmediata.

Sin embargo, no obstante la apariencia, estas contraposiciones (lógicas y reales) descuidan aspectos relevantes. También lo privado es lugar de dificultades y tensiones: en casa se puede pelear (¡cuántos delitos suceden en familia!), las relaciones más cálidas pueden arruinarse improvisamente (el confidente puede volverse traidor y chantajista). En general, para no renunciar a la tesis de la contraposición descrita antes, se prefiere anular dificultades parecidas, negándolas o minimizándolas, como si fueran sólo ocasionales (y «la excepción confirma la regla», dice el proverbio).

La improbabilidad de una separación tan clara aparece *sub contrario* cuando se descubre que lo público utiliza códigos simbólicos propios de lo privado, evidenciando los sentimientos y haciendo pública la intimidad, como en los *reality* o en los *talk show*. Es por falta de intimidad (o por dificultad para vivirla) que probablemente se la busca en lo público. Sobre todo es un juego que dura poco; rápidamente nace la consciencia de fingir, la impresión de que todo esté construido y recitado según el libreto. Sin molestar a la televisión y

4 Las dinámicas en juego está bien ilustradas en Bauman, Z., *Voglia di comunità*. Laterza, Roma-Bari 20012, pp. 107-119.

permaneciendo más cercanos a lo cotidiano, pensemos en cuestiones como la amistad y el enamoramiento en el mundo del trabajo: no teniendo más tiempo para los afectos - se vive diez o más horas en la oficina – se actúan como en un guión de teatro las relaciones sentimentales, relaciones que parecen no tener ya un hogar, porque también la casa (soñada como el nido cálido y protector), en su interior encierra conflictos y cuestiones extrañas.

De todo lo expresado hasta ahora podríamos ofrecer dos indicaciones: de método y de contenido.

Es indispensable analizar las dificultades en las relaciones pero sin partir de una distinción tan radical entre lo público y lo privado que parezca una distorsión. Si bien es evidente y plausible, dicha separación es capaz de esconder el peso y la dificultad de cada relación. Una separación no puede darse por acabada cuando es ella misma parte del tema de la investigación y del problema que hay que afrontar.

En segundo lugar, surge una indicación terapéutica que merece ser acogida rápidamente: si nuestras relaciones aparecen insatisfactorias es quizás porque buscamos vivirlas y defenderlas poniendo todas las culpas en lo público. Para vivir mejor en sociedad tenemos que también prestar atención a los cansancios de lo privado: no existe una familia feliz en un mundo desesperado y no existe una ciudad perfecta compuesta por familias infelices!. Es necesario abrir las casas para dejar entrar aire nuevo, y al mismo tiempo elaborar una convivencia civil diversa, construir una ciudad que no sea una jungla y favorecer relaciones serenas en el territorio.

La relación como necesidad de confirmación

A menudo es posible identificar en la necesidad de confirmación el motivo que en la actualidad lleva a las personas a entrar en relación. Se trata de una expresión fuerte porque la necesidad indica una exigencia inderogable a la cual no se le puede poner freno fácilmente (como sucede también con el hambre y la sed). El uso de una metáfora de este tipo alude al hecho de considerar la ausencia de relaciones significativas como una carencia insoportable.

La necesidad es un estado de déficit que empuja a buscar algo que está vinculado a sí y a la auto-confirmación: la persona siente que le falta algo, que no está a la altura de la situación o al mismo nivel de los otros, y se buscan las relaciones para colmar dicha falta de estima, para obtener un buen conocimiento de sí, una confirmación sobre el propio suceso (o por lo menos del hecho que no se fallará). Pero cuando en los otros se busca la imagen refleja de sí, el encuentro nunca será verdadero. Si el otro no corresponde a la propia necesidad o la contradice, es más simple o menos doloroso cambiar de interlocutor eligiendo a quien da la razón sin demasiadas distinciones.

La necesidad de confirmación también explica la tendencia a preferir la relación directa con la persona. Tener que ver con muchas personas (y sobre todo si son desconocidas) genera más ansiedad y exige respetar las diferencias. Con un solo interlocutor es más fácil la complacencia o la manipulación: se le da

la razón, se lo sigue y elogia, sin preocuparse de conciliar y coordinar estas palabras con cuanto dicho a otras personas (actualmente se puede dar razón a una persona, mañana a otra que piense distinto, sin advertir discordia o incompatibilidad). Se obtiene benevolencia más fácilmente porque se puede ejercitar presión – en forma más o menos consciente - sobre la otra persona hasta inducirla a una presunta semejanza con nosotros.

La búsqueda de sí en el otro o la presunción de semejanza son también los componentes del enamoramiento. Quizás también por esto constatamos un gran énfasis social en el enamoramiento⁵. Desde el momento que el enamoramiento es por propia naturaleza idealizador, se presta como una vía de fuga fácil del peso y de la intrínseca dificultad que toda relación real tiene. Una complicidad análoga - esta vez para el grupo - se puede encontrar a la base de ciertos estilos de liderazgo⁶ como el narcisista o el paranoide, que en la actualidad son enfatizados.

Generalmente la relación inicia por una necesidad, pero tiene que evolucionar en el reconocimiento de la diferencia del tú y confiando en la persona.

En términos del desarrollo, la primera forma de relación que el niño tiene con el mundo está en el signo de la gratificación de la necesidad. El niño no sigue llorando por hambre cuando la madre le da el pecho para nutrirlo y, por esta «ganancia» recibida, se siente unido a ella. Pero rápidamente esta necesaria gratificación se transforma en un deber: debe aprender a reconocer a la madre como distinta de él y a confiar en ella, aún si ella no responde inmediatamente a su llanto. Si no pasa por esto, siendo adulto difícilmente sabrá manejar las frustraciones que encontrará en la vida.

La necesidad que no es educada en la confianza impide una correcta aceptación de los cansancios de la vida, genera inseguridad, produce tanto la falta de emprendimiento como la incapacidad para esperar. La relación que no suscita satisfacción inmediata es juzgada como un fracaso ya que la confirmación de sí es lo que se considera esencial para evaluar la bondad de una relación.

La relación «pura» antes que la relación indisoluble

Antony Giddens describe la relación contemporánea como una relación pura⁷, es decir «limpia», fría, que no implica a la persona, privada de dependencia. Si la dependencia del tú tiene aspectos problemáticos, es también indiscutible que si no existe dependencia no hay una verdadera relación. La relación pura está garantizada mediante condiciones precisas: nos pone juntos por un determinado tiempo, siendo movidos por motivos concretos,

5 Scabini define al enamoramiento como un «proceso de presunción de semejanza». Scabini, E., *Psicologia sociale della famiglia. Sviluppo dei legami e trasformazioni sociali*. Bollati Boringhieri, Torino 1995.

6 El tema fue considerado en esta revista por Balugani, L., «Quando un leader immaturo è preferito ad uno maturo», en *Tredimensioni*, 3 (2006), pp. 166-179.

7 Cfr. Giddens, A., *Le trasformazioni dell'intimità. Sessualità amore ed erotismo nelle società moderne*. Il Mulino, Bologna, 1995.

sabiendo de antemano que la relación se puede disolver en cualquier momento aún improvisamente, por decisión unilateral, sin motivaciones reales, con el máximo de libertad y el mínimo de consecuencias. Por ende es una relación caracterizada por una amplia posibilidad (cuando no es absoluta) de empezar y terminar la relación en cualquier momento.

En relación a este punto, Zygmunt Bauman usa el término «conexión»:

«Hombres y mujeres hablan más a menudo (ayudados y apoyados por expertos consejeros) de conexiones; de "conectarse" o de "estar conectados". Antes que hablar de compañero prefieren hablar de "redes" (*networks*). ¿Qué ventaja tiene el lenguaje de la "conectividad" respecto al de las "relaciones"? A diferencia de "relaciones", "parentelas", "*partnership*" y de nociones parecidas que ponen el acento en el compromiso recíproco y excluyen o silencian lo opuesto, la separación y el desapego, el término "red" indica un contexto en el cual es posible entrar y salir con cierta facilidad. Es imposible imaginar una red que no permita ambas actividades. En una red, conectarse y desconectarse son dos elecciones legítimas; gozan del mismo estatus y tienen la misma relevancia. No tiene sentido preguntarse cuál de estas dos actividades complementarias constituye la "esencia" de la red. "Red" sugiere momentos en los que se está "en contacto", intercalados con momentos de libre navegación. En una red, las conexiones suceden por pedido y pueden ser interrumpidas cuando se lo desee. Una relación "no deseada, pero indisoluble" es exactamente lo que hace que la "relación" sea tan traicionera. Una "conexión no deseada", por lo contrario, es una contradicción: "las conexiones pueden ser y son interrumpidas antes que comiencen a ser impopulares"⁸.

Para evidenciar la incompatibilidad lógica de una impostación de este tipo, Bauman usa un adjetivo muy querido en el mundo cristiano: «indisoluble».

Aún las relaciones de amor pueden entrar dentro de este estilo (es el caso, frecuente en los países anglosajones, de la convivencia en casas diversas). Es un estilo que vale para el público: la precariedad, la flexibilidad, la fluidez en el mundo del trabajo parece ser una señal que va mucho más allá de una condición salarial y asume formas simbólicas... Con uno estilo así, lo definitivo parece lógicamente impensable, simplemente imposible.

La relación «televisiva»

Con la expresión «televisión»⁹ Bauman evidencia otro aspecto que es frecuente en los estilos de vida modernos: la posibilidad de establecer relaciones fundadas en la capacidad de ver las situaciones como si fueran distantes pero que improvisamente se hacen cercanas, «al alcance de la mano».

Actualmente, la potente tecnología (en especial internet) ha ampliado y acelerado la difusión de las noticias, dando la posibilidad de conocer en tiempo real lo que está sucediendo en otras partes del planeta. Sin embargo, la mediación técnica no deja de influir en las personas ya que hace que sus reacciones sean menos espontáneas y menos frecuentes: mientras en la relación normal la persona se siente cuestionada por una determinada visión y responde a

8 Bauman, Z., *Amore liquido. Sulla fragilità dei legami affettivi*. Laterza, Roma-Bari 2005, XI.

9 Cfr. *Ibid.*, p. 134.

ello con una determinada acción, en la relación con una «televisión» no necesariamente hay una «teleacción». Se ha ampliado ciertamente la mirada sobre el mundo, pero la mirada también se ha vuelto atenta a la forma y a la estética. Se mira sin jamás actuar (o actuando poco, contentándose con ver). Cuando se interviene, si es posible hacerlo, se lo hace con una acción circunscripta en el tiempo, casi instantánea, sin continuidad, sin un real interés por el otro y su futuro (también porque, al mismo tiempo, se pasó a ver otra cosa).

El estilo de la relación «televisiva» también se puede camuflar detrás de la «buena acción» cristiana, que aconseja actuar sin mirar el resultado. No obstante exista un motivo encomiable, también se puede esconder el riesgo de una degeneración de la relación, una des-personalización del otro. Basta pensar en la recolección de fondos: son acciones puntuales, circunscriptas a la emergencia, que tranquilizan la consciencia de quien dona dinero sin que exista un verdadero interés por la superación de la necesidad. (Para construir un futuro no basta cubrir las necesidades inmediatas). El énfasis en la acción desinteresada, la falta de atención en concretar los ideales identificando mediaciones bien precisas, la poca disponibilidad para entrar en la complejidad de los problemas, tienden a hacernos padecer el modelo ofrecido por los medios de comunicación: una intervención sin espíritu crítico y sin que exista preocupación por la forma como se interviene. No se encuentra directamente a la persona pobre sino que se enfrenta a la pobreza con el desapego de quien solamente ve, sin sentir, oler o tocar, y sobre todo sin ser visto, que es el modo más seguro que un individuo tiene para no dejarse afectar.

La mirada que se preocupa por la estética cambia también nuestra percepción de la realidad, que a su vez se vuelve siempre más «televisiva». Un ejemplo elocuente es la percepción de la muerte. Por una parte su representación es en la actualidad obsesivamente incómoda: en las imágenes de guerra, en las series televisivas ambientadas en hospitales, en los diversos géneros de películas (acción y suspenso, policiales, western, horror...). Por otra parte, estas representaciones no nos suscitan reacciones sino que nos tranquilizan, asegurándonos su lejanía; para nada son influyentes. Otra cosa sería vivir la muerte «de cerca»: un encuentro menos extraordinario que aquel representado pero emotivamente mucho más perturbador, porque no sentiremos estimulados a actuar, a agarrar la mano, a hablar, a llorar... La «televisión» le quita «cuerpo» a la acción. No permite tocar y ser tocados, impide compartir los sentimientos, dejando en la soledad y en la indiferencia.

¿Y nosotros?

Estos estilos de relaciones, ¿qué implican a cada individuo que los vive o los respira a su alrededor? ¿Qué precio debe pagar? ¿Qué revelan de él? ¿Qué activan en él? Evidentemente, cada estilo relacional es consecuencia y causa de la personalidad que se pone en relación: condicionan y son condicionados (existe también un influjo recíproco entre sociedad e identidad personal). Subrayamos aquí la vinculación entre dichos estilos y la configuración que asume la personalidad de quien los vive. Si lo dicho anteriormente es indicador de una personalidad narcisista, entonces se puede describir plenamente dicha

personalidad¹⁰.

Maltrato y debilidad

La búsqueda de admiración, a la que nos hemos referido anteriormente, esconde el deseo de suscitar siempre una buena impresión de sí. Se busca la construcción de una imagen aún condicionando a los demás, no solamente escondiendo -en forma comprensible- por pudor, defectos o errores, sino mostrando a los demás sólo aquella parte de sí que esperan ver. Imponiendo así la relación, es inevitable que no se dé un parecer positivo: se pusieron las condiciones para que así suceda. Estamos ante una actividad manipuladora, un ejercicio disimulado de poder.

Es más, tal abuso es signo de la dependencia a los otros y a su juicio. La opinión de los demás es temida a tal punto que se la excluye preventivamente por medio de la manipulación; esto es signo de una profunda inseguridad más que una demostración de fuerza¹¹. Es evidente que aquí se esconde un desprecio por los otros, que son equiparados a simples instrumentos funcionales de la propia exigencia de seguridad.

El rechazo de la herida

La relación «pura», con su alergia a la dependencia en favor de una «conexión en red» más volátil, no permite a la persona desarrollar la capacidad de vivir las dificultades. Es decir, propone y favorece un tipo de personalidad congelada en los primeros estadios del desarrollo, donde la diferencia se siente como una amenaza de la que hay que deshacerse rápidamente, y no como una oportunidad para descubrir la alteridad y la confianza en ella. No hay espacio para el dolor, sobre todo por la imposibilidad para vivirlo más que por la incapacidad de soportarlo. Esta falta de pasaje a un estadio sucesivo, que permitiría nuevas formas de tolerancia, se concreta en mil formas de fuga del sufrimiento que toda relación conlleva: desde la técnica del sustituir una relación dolorosa por otra que haga olvidar la primera, al prevenir la soledad abandonando al otros antes.

El rechazo de la herida lleva consigo el miedo por el futuro: es difícil programarse y reservarse para un mañana coherente con el hoy cuando se tiene miedo no solamente de lo que sucederá sino sobre todo de la propia capacidad para afrontar las dificultades y los imprevistos. Para una personalidad así, los sufrimientos insostenibles de las relaciones de amor hacen imposible la práctica de la indisolubilidad.

10 Para toda esta parte sugiero el interesante libro de Lasch, C., *La cultura del narcisismo. L'individuo in fuga dal sociale in un'età di disillusioni collettive*. Bompiani, Milano, 2001.

11 De esta forma el yo no logra distinguirse del otro. Según Lasch, ésta es la característica específica del narcisismo, comprobada por el mismo mito. «El núcleo de la historia no está en que Narciso se enamora de sí mismo, sino que, no logrando reconocer su propio reflejo, no tiene una idea de la diferencia entre sí y el ambiente». Lasch, C., *L'io minimo. La mentalità della sopravvivenza in un'epoca di turbamenti*. Feltrinelli, Milano 1996, p. 127.

Mucha cercanía, poca participación

En el registro de la «televisión», como hemos visto, el sujeto también puede sincronizar - sin saberlo - su modo de amar. El verdadero amor se vuelve una relación muy cercana y rápidamente íntima, pero al mismo tiempo, implica poco a la persona, al menos no hasta el punto de arriesgar la desestabilización de sí mismo o aceptar la propia verdad que el tú le devuelve (por incompleta e inacabada que sea). En las relaciones que consideran fundamental cuidar la estética, todo se enciende rápidamente y de la misma manera se apaga velozmente. El amor inicia y termina sin necesidad que los implicados actúen. Cuando el amor florece se lo sigue, pero no se verifican las posibilidades de su desarrollo a largo plazo. Cuando el amor se acaba se reacciona con «buenas intenciones» circunscriptas a la emergencia y sin preguntarse por los motivos por los que terminó, ni sobre el futuro que conlleva, o sin preocuparse por la suerte de la otra persona.

Para un posible éxodo

Haber descrito algunos modos actuales de vivir las relaciones y su sintonía con la configuración que asume la personalidad de quien las vive, no ofrece solamente un cuadro negativo sino también el punto de partida para identificar pasos concretos para un «éxodo» efectivo. De hecho, concentro mi propuesta para salir de las dificultades consideradas en un aspecto: educar en el espíritu del éxodo.

Con este término quiero evocar el deseo de libertad que todo ser humano tiene en el corazón y que lo impulsa a dejar lugares tranquilos pero opresores, a cambio de una auténtica aventura del espíritu, parecida a aquella vivida por el pueblo de Israel. Hoy en día nuestras relaciones piden salir de esquemas consolidados, demasiado empobrecedores y vinculantes, que tienen los rasgos de una esclavitud a la cual no nos podemos resignar. Intentemos ahora hacer una hipótesis sobre una posible salida: como Moisés, dejémosnos guiar por una intuición, movámonos siguiendo una promesa que se deja entrever en el encuentro con el otro. No nos escondamos las dificultades: muy probablemente es la prueba del malentendido y de la nostalgia. La crisis del desierto será inevitable; será capaz de poner al descubierto miedos y dudas... Como en el éxodo bíblico, estamos ante un camino de libertad que exige coraje, determinación y fidelidad; y que impone también el abandono de las ilusiones fáciles, la espera de condiciones ideales, la certeza de un itinerario lineal o la presunción de tener soluciones definitivas ya confeccionadas...

El modelo de la relación paterna/materna

En esta óptica me parece oportuno que se re-descubra la relación paterna/materna como la meta deseable (el modelo ideal) de las múltiples relaciones humanas. De hecho, ella contiene en sí un impulso intrínseco que lleva más allá de la "cerrazón" de ciertas metas y objetivos individualistas, del culto a la propia imagen y de la búsqueda de la gratificación inmediata. En la relación

paterna/materna, el amor asume los rasgos dominantes de la obediencia¹², acoge al otro en su verdad (es decir en la diversidad que no está a disposición del interlocutor) y lo cuida hasta asumir su radical dependencia para que, posteriormente, sea posible una separación progresiva que si bien dolorosa, es signo de haber sido introducido en la vida.

Quizás, justo por estos elementos estructurales, la figura paterna/materna no es muy considerada y valorizada en nuestra sociedad. (No es por casualidad que la literatura y el cine prefieran contar enamoramientos y traiciones). Sin embargo, el sentido común continúa custodiando con gran cuidado la consciencia de que la relación paterna/materna es un vínculo indivisible (indisoluble, si se prefiere el adjetivo). Si hoy en día la vida de pareja no se percibe así, la relación paterna/materna es en cambio, espontáneamente imaginada y vivida a partir de tal evidencia. Por ello, el modelo merece ser repropuesto como símbolo de lo que toda relación, al menos en parte, debe conservar: la continuidad temporal, vivida también en contextos no gratificantes o en situaciones precarias u hostiles, de forma que la ruptura del vínculo sea considerada un evento excepcional y no una posibilidad cada vez más practicada. La relación paterna/materna invita a invertir en la relación a cualquier costo: vale la pena ser apreciada, por las promesas que revela y por el sentido que deja entrever.

La conflictividad y la protección de las heridas

La descripción de la relación paterna/materna no debe ser idealizada. Hay que tener en cuenta lo inevitable del conflicto¹³: de hecho, jamás una relación es sin drama, sin un desencuentro con el otro. Pero el conflicto tiene que ser entendido, no como empobrecimiento sino como posibilidad enriquecedora. En efecto, al mismo tiempo que la relación revela al otro en su verdad (es decir en aquella diversidad que no está a disposición del interlocutor), también explicita a sí mismo y los propios límites, el *no ser completos* que se podría describir como una herida congénita. En el Génesis, representación simbólica de la antropología cristiana, el ser humano está marcado desde el nacimiento por una herida, un límite y una soledad que el otro revela y al mismo tiempo cura: Adán, reconociendo que Eva es «carne de la propia carne», extraída de una herida de su cuerpo, pone nombre a la percepción confusa de la ausencia de una «ayuda similar» (¡que Dios intuyó antes que él!)¹⁴. Encontrar al otro, coincide con el descubrimiento, el reconocimiento y la manifestación de la propia fragilidad; la relación pide que la persona reconozca que no se es completa, que no se puede bastar a sí misma, reconociendo juntos que el otro no es fruto de la propia iniciativa sino don «originado» de la propia herida.

No se trata solamente de una imperfección «estructural», presente desde siempre en forma incambiable. Si es verdad que al inicio de la vida hay posibilidades y promesas, y también carencias y deficiencias que no dependen del individuo sino de las condiciones en las cuales es colocado, es también

12 Cfr. Lewis, C.S., *Los cuatro amores*. Ediciones RIALP S.A. (12a ed.), Madrid, 2008.

13 Cfr. De Certeau, M., *Mai senza l'altro. Viaggio nella differenza*. Qiqajon, Magnano 1993, pp. 37-58.

14 Cfr. Gn 2,18-23.

verdad que la herida deriva de restricciones causadas por elecciones personales. Cada uno carga en sus espaldas una historia que nunca es perfecta porque también ella está herida. El miedo a ser abandonado, a no ser aceptado o a no estar a la altura, es indicador de un sufrimiento que se presenta en toda relación. El encuentro con el otro lleva la memoria de deficiencias y carencias, tanto personales como de los demás: el miedo y la sospecha conviven con la disponibilidad y la confianza. Por ello, la promesa inscrita en la relación es real solamente si tiene en cuenta la amenaza que la habita, si acepta la imperfección, si no mistifica el mal «agachado a la puerta del corazón» también en la relación fraterna (cfr. Gn 4,7). Un encuentro real, al mismo tiempo que hace surgir conflictos y heridas, deja que el carácter prometedor de la vida sea capaz de volver a abrir la puerta a la confianza.

La red social

La pertenencia no ocasional o funcional a uno o más grupos puede favorecer el aumento de la consciencia de sí y por lo tanto, la definición de la propia identidad. Para esto es necesario hacer algunas consideraciones indispensables. Si es verdad que la participación crea vínculos de reciprocidad que favorecen la socialización, es también verdad que el grupo busca la contraposición con agregaciones diversas: si es inútil obstaculizar radicalmente dichos fenómenos, es aún más importante no enfatizarlos, dejando de mencionar los elementos de comunión y de intercambio con otras realidades de agregación.

También deberá ser favorecido el desarrollo en el interior del grupo de dinámicas de diferenciación, de forma tal que no haya una nivelación de los participantes y de sus capacidades: la homologación podría revelar y causar la uniformidad de la que hemos visto anteriormente los riesgos.

Finalmente, es deseable que la pertenencia a más grupos y la aceptación de diversos roles se viva con cierta coherencia, sin formas «sincretistas», volviendo a encontrar en una adhesión más convencida el «centro» alrededor del cual todas las otras pertenencias pueden gravitar.

La necesaria dimensión del valor

La persona es estimulada en las relaciones a salir de sí misma para encontrar, no solamente el misterio que es el otro (su carácter único e irreducible, no conocible en todos sus aspectos) sino también el Misterio que a todos supera. En este sentido, las relaciones son una escuela inabarcable de trascendencia: en las relaciones descubrimos el «más» que habita la vida, el Alfa que nos precede y el Omega que nos espera.

De aquí deriva el descubrimiento del sentido revelado por la vida y su «declinación» en los valores que están vinculados a él. Sin entrar en el debate sobre el valor, nos limitamos a su «mínimo» significado, indicando con la palabra valor, aquello que supera el mero interés individual, conduce más allá de sí y orienta a una visión menos egocéntrica de la existencia.

De aquí también surge la importancia que tiene para el éxodo que

estamos esbozando. Resulta decisivo llamar la atención sobre el valor, entendido sobre todo no como un objeto de razón ni tampoco como un deber exigente, difícil de realizar y capaz solamente de complicar la vida, sino sobre todo como realidad atrayente, capaz de suscitar adhesión: es aquello por lo cual «vale» la pena vivir (y por lo tanto, morir). Mostraremos así una existencia que merece ser vivida cuando es gastada por la justicia, por el bien social, la solidaridad y la fraternidad... Si existe una pasión por los valores, la persona no se aísla en lo privado, acepta exponerse en público sin exhibirse, y no se excluyen los afectos que, en cambio, se organizan alrededor de una convicción que sabe unificar a la persona y sus momentos. El valor nos permite asumir nuestras necesidades de confirmación haciéndolas un poco más «nobles», transformándolas en energías capaces de hacernos gastar la vida por un futuro distinto.

El valor se muestra así capaz de ayudarnos a vivir en unidad el mundo de los afectos y el mundo de los compromisos, haciendo tanto del ámbito público como del privado, el lugar en el cual se construye la historia, propia y de los demás.